

LA SEGUNDA VIDA DEL
*M*ARISCAL

SIXTO SÁNCHEZ LORENZO

V
PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
CIUDAD DE
ÚBEDA



LA SEGUNDA VIDA DEL MA- RISCAL

Sixto Sánchez Lorenzo

1.ª edición: noviembre, 2016

© Sixto Sánchez Lorenzo, 2016

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-573-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

París, *lunes 23 de noviembre de 1818*
Sarrelouis, *martes 29 de febrero de 1780*
París, *martes 1 de diciembre de 1818*
Sarrelouis, *viernes 5 de diciembre de 1788*
París, *miércoles 9 de diciembre de 1818*
Metz, *octubre de 1791*
París, *martes 15 de diciembre de 1818*
Pellemburg, *julio de 1794*
París, *miércoles 23 de diciembre de 1818*
Maguncia, *diciembre de 1794*
París, *viernes 8 de enero de 1819*
Winterthur/Colmar, *mayo-junio de 1799*
Linz, *jueves 4 de febrero de 1819*
París, *primavera-verano de 1802*
Dunkerque, *miércoles 24 de febrero de 1819*
Elchingen, *lunes 14 de octubre de 1805*
Londres, *jueves 4 de marzo de 1819*
Eylau, *del 7 al 9 de febrero de 1807*
Londres, *viernes 5 de marzo de 1819*
París, *viernes 10 de junio de 1808*
Océano Atlántico, *jueves 18 de marzo de 1819*
La Coruña, *jueves 9 de marzo de 1809*
Océano Atlántico, *sábado 3 de abril de 1819*
Rusia, *del 19 de octubre al 15 de diciembre de 1812 (según el relato de Armand François de Briquerville)*
Charleston, Carolina del Sur, *miércoles 7 de abril de 1819*
Montmirail, *viernes 11 de febrero de 1814*

Camden, Carolina del Sur, *lunes 3 de mayo de 1819*

Fontainebleau/París, *abril de 1814*

Charleston, Carolina del Sur, *agosto de 1819*

Lons-le-Saunier, *domingo 12, lunes 13 y martes 14 de marzo de 1815*

Charleston/Florence, Carolina del Sur, *septiembre de 1819*

Waterloo/París, *del 16 al 22 de junio de 1815*

Charleston, Carolina del Sur, *octubre de 1819*

Bessonies, *agosto de 1815*

Ribera oeste del Tombigbee, Alabama, *noviembre de 1819*

París, *del 4 al 6 de diciembre de 1815*

Londres, *viernes 17 de marzo de 1820*

París, *jueves 7 de diciembre de 1815*

Aigleville/ribera oeste del Tombigbee, Alabama, *junio de 1820*

Índice de personajes

Fuentes históricas de *La segunda vida del mariscal*

*A la memoria de mi padre, de José Luis Serrano
y de José Manuel García Marín*

París, lunes 23 de noviembre de 1818

La vida y la muerte se entreveraban en el pensamiento del ministro de Policía mientras un landó tirado por cuatro caballos, sin escolta alguna, lo aproximaba al cementerio de Mont-Louis: el corazón de su vástago empezaba a latir en el seno de Égédie de Saint-Aulaire, una muchacha adorable de apenas dieciséis años a la que había desposado tres meses antes en la capilla del Palacio de Luxemburgo. Pero era la muerte quien lo invitaba a viajar de incógnito hacia la pequeña población de Charonne, sin más compañía que la de su cochero. A través de las ventanillas atisbó las primeras luces de un día gélido, justo al atravesar la frustrada plaza de la Libertad. Una piedra solitaria atestiguaba el fallido intento de Palloy de erigir una columna conmemorativa en el mismo lugar en que un día no muy lejano se alzara la Bastilla. La soledad del zócalo desnudo parecía enfriar la caja del carruaje donde Élie Decazes trataba en vano de hallar el calor de la vida rememorando la noche de agosto en que había amado por primera vez a su segunda esposa. La muerte, empero, vencía todos sus intentos y disipaba sus evocaciones placenteras.

Tras franquear la entrada del cementerio, el coche se detuvo a pocos pasos de un grupo de cuatro hombres que, ateridos por el aguanieve, parecían custodiar un humilde parterre rodeado por una verja herrumbrosa. Una carreta entoldada, tirada por dos caballos, permanecía cerca del grupo. Solo el piafar de los brutos rompía el silencio de la

mañana. Uno de los hombres se acercó a la portezuela del landó:

—Señor —saludó en voz queda—, todo está listo. Hemos encontrado los ataúdes. Podemos extraerlos cuando lo ordenéis.

—Hacedlo —contestó Decazes secamente—. ¿Los hombres sospechan algo?

—En absoluto, excelencia.

—Bien, Thierot. ¿El cirujano está listo?

—Espera en el lugar indicado.

—Proceded sin dilación.

Armand Thierot se volvió hacia los hombres e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. A renglón seguido dos de ellos desaparecieron en la zanja que acababan de cavar; alzaron con precaución un féretro e inmediatamente, otro de apariencia más humilde. Los trasladaron con agilidad al carruaje cercano. El tercer hombre ocupó el pescante junto a Thierot, alzó el freno del carruaje y lo puso en marcha con la delicadeza con que hubiera transportado un polvorín. El landó lo seguía de cerca.

Decazes cerró los ojos para recobrar la imagen del cuerpo desnudo de Égédie; se tapó los oídos creyendo oír sus gemidos cuando la poseía; aspiró el aire impregnado de olor a tierra húmeda para recobrar en sus papilas el aroma a uva madura de su piel; se mordió los labios como si fueran los de ella, y buscó en el puño de marfil de su bastón el tacto de alabastro de sus mejillas...

Bertrand Bonaventure, cirujano de la Grande Armée, superviviente del Beresina, acaso había visto más quemaduras profundas, amputaciones horribles y heridas espantosas que ningún otro mortal, y de seguro había reparado un buen número. También había certificado más muertes que las que era dable confesar. Jamás, empero, se había significado como otra cosa que un hombre de ciencia; no había

para él política diversa a la que impone la madre naturaleza, ni argumentos diferentes de la circulación de la sangre, ni decretos que no fueran impuestos por los fluidos, las escrófulas o los tumores. Napoleón Bonaparte se reducía a sus ojos a unas nalgas portadoras de unas hemorroides en extremo purulentas, difíciles de sobrellevar para cualquier caballero, incluso de rango modesto. La discreción era en él un hábito profesional, mejor que una virtud, y Decazes no se equivocaba al confiar en su juicio experto y en su firmeza para guardar el secreto del diagnóstico requerido.

En el establo de una granja no muy lejana a Charonne, el cirujano Bonaventure examinaba con atención los restos de dos cadáveres dispuestos con cuidado sobre una gran mesa cubierta de lienzo blanco. Absorto en su observación, no parecía sentirse molesto por la mirada impaciente del ministro de Policía, hierático y cruzado de brazos. Armand Thierot mostraba más indiferencia.

—No hay duda de que este es el cuerpo del señor Auguie —sentenció el galeno al cabo de unos minutos.

—¿Os referís al esqueleto o a la momia? —lo interpeló Thierot sin disimular su ironía.

Bonaventure se tomó su tiempo antes de mirar despectivamente a Thierot por encima de sus lentes, sin apenas levantar la cabeza inclinada sobre la mesa, y contestarle con displicencia:

—Al esqueleto, sí, como decís. Corresponde a un hombre de la misma edad que tenía el suegro del mariscal.

—¿Es posible que puedan presentar un aspecto tan distinto ambos cadáveres, si el óbito se produjo con pocos meses de diferencia? —inquirió Decazes.

—No sería extraño, señor Decazes —y su tono era más cordial—. Hay muchas variables. Tened en cuenta que el señor Auguie falleció en una época cálida: la descomposición es más rápida en estos casos si va acompañada de humedad. En cambio, si un cuerpo es enterrado superficialmente a temperaturas muy bajas o, sin necesidad de ello,

en un ambiente extremadamente seco, puede momificarse en pocas semanas y luego su descomposición es más lenta e incompleta. En todo caso...

Bonaventure se interrumpió mientras deslizaba su escalpelo sobre los huesos parietal y frontal izquierdos que pertenecían al cráneo ya mondo del segundo cadáver.

—¿Decíais, señor Bonaventure? —se impacientó el ministro.

—En todo caso, este no es vuestro hombre, excelencia. Tiene su misma complexión y edad, entre cuarenta y cincuenta años, aunque no puede ser él. Su cráneo presenta tres impactos de bala, dos en el frontal y otro en el maxilar, pero no hay signo alguno de fractura en su húmero izquierdo ni en la rodilla derecha...

—Por tanto...

—Por tanto, sire, si esta es la cabeza del mariscal Ney, desde luego puedo adelantaros que este no es su cuerpo...

El cirujano levantó la mirada hacia los dos hombres mientras hacía girar su escalpelo entre los dedos de su mano izquierda. Decazes había palidecido levemente y se mordía los labios de forma casi imperceptible.

—¿Estáis completamente seguro? —preguntó al fin, mirando con fijeza al galeno.

—Completamente, señor, sin asomo de duda.

—Bien... Thierot, depositen el cuerpo de Auguié en su féretro y vuelvan a enterrarlo junto al otro, en la misma disposición exactamente. Señor Bonaventure, si no tenéis inconveniente podréis entretanto finalizar la disección de este cadáver y redactar un informe completo y confidencial. ¿Os resulta posible hacerlo aquí mismo? ¿Qué tiempo necesitáis?

—Por supuesto, excelencia. Esta misma tarde estará listo.

—Thierot vendrá a buscarlo, pues. No debéis hablar con nadie y le entregaréis en mano el informe. Y no tengo que

reiteraros la necesidad de que guardéis un escrupuloso silencio.

—Podéis estar tranquilo a ese respecto, señor —concluyó el cirujano con absoluta calma.

—¿Enterraremos el segundo ataúd vacío? —terció Thierrot.

—Exactamente —sentenció el ministro.

—¿Y qué haremos con el segundo cuerpo?

—Cuando el señor Bonaventure os haya entregado el informe, hacedlo desaparecer. Eso es todo.

El duque Élie Decazes, ministro de Policía del gobierno de su majestad, abandonó aquel establo en el villorrio de Charonne con la convicción de que sus próximos días discurrirían por cauces extraordinarios y acaso no muy halagüeños, a menos que aprovechara los intentos del duque de Richelieu por defenestrarlo y aceptara el ostracismo de una embajada en Moscú. Ignoraba cuál de las dos bombas que sostenía en cada mano estallaría antes, pero no podía sustraerse a la tentación de jugar a malabares con ellas.

Sarrelouis, martes 29 de febrero de 1780

Michel salió como alma que lleva el diablo del colegio de los agustinos, arriesgándose a descalabrarse en las calles heladas. Una vez más debía entregar al padre una nota reprobatoria redactada de su propio puño y letra por el rector. No era su falta de devoción por los latines o la aritmética, cuyos exámenes superaba con calificaciones aseadas, la justa causa que periódicamente amparaba la advertencia, sino su obsesión lúdica por organizar asaltos y batallas a la menor ocasión, erigiendo parapetos con pupitres, improvisando baterías con compases y misales, reclutando con pasmosa autoridad hasta las almas más cándidas entre los niños de seis a doce años que cursaban sus estudios en la venerada institución de la ciudad. A sus diez años, Michel no encontraba obstáculos para dirigir las operaciones bélicas con suma diligencia y hasta los niños de mayor edad aceptaban su liderazgo con el furor guerrero más irracional. No acababa de hallar sentido al horror de los padres agustinos por la disciplina militar, cuando con tanto ahínco les insistían a diario en la bondad de semejante virtud, ni entendía el muchacho qué mérito podía tener guardar la compostura en situaciones de paz y recogimiento, tan naturales a la molicie. Barruntaba, no sin razón, que no debía de ser mal ejercicio que en los momentos de recreo y asueto pudieran poner en práctica el arte de la subordinación en escenarios de caos y desorden, donde a todas luces habría

de mostrarse más útil y provechoso. No era esa, desde luego, la opinión de los padres agustinos.

No tardó en llegar al taller de su padre, donde esperaba distraerse de sus preocupaciones hasta el momento propicio para el sacramento de la confesión y de la penitencia. La forja crepitaba y Pierre Ney departía alegremente con el herrero, que golpeaba el metal que pronto serviría de zuncho. Michel sorteó las cubetas de agua que calentaban las duelas y se escabulló hacia el otro extremo del taller, donde los toneles eran sometidos al proceso del tostado. Nada le complacía más que el olor de la madera de roble blanco recién flameada. Era la fragancia más antigua e intensa, un aroma acogedor como el hogar en invierno. Aspiraba las emanaciones de un barril cuando la mano de su padre se posó sobre su hombro.

—¿Ves, Michel?, el tostado es lo que hace definitivamente un buen tonel. Cuando se llene de vino liberará toda su esencia y se mezclará con él a través del tiempo, añejándolo.

—Lo sé, padre, me lo has contado muchas veces.

Pierre Ney sonrió; estaba a punto de reanudar su conversación con Michel cuando el señor De Sachs hizo su aparición en el establecimiento. Pierre fue a recibirlo con la reverencia que merecía su ilustre cliente. Michel conocía bien al estirado De Sachs, cuyo primogénito solía mostrarse desdeñoso y recalcitrante ante los juegos bélicos del resto de sus compañeros, y montaba en cólera si por azar su camisa de seda resultaba pringada de tinta o empolvada como consecuencia de las batallas. De Sachs miraba por encima del hombro al buen Ney, acaso molesto porque un artesano hubiese sido capaz de prosperar hasta el punto de enviar a sus hijos al mejor colegio de Sarrelouis. Pero sus bodegas necesitaban buenos toneles, y desde el Rin hasta el Mosela no los hallaría mejores que los facturados con la maestría de Pierre Ney. El trato se despachó con presteza y

el tonelero se volvió hacia la forja, no sin antes conminar a Michel para que regresara ya a casa.

Dos horas después, Pierre Ney subía los tres escalones que separaban la calzada de la vivienda número 11 de la Rue de la Bière. Los postigos de las dos grandes ventanas que adornaban la parte inferior de una fachada de piedra gris amarillenta estaban ya cerrados, y disfrutó del calor del hogar antes de abrir la gran puerta principal de madera de castaño sin desbatar. La pequeña Marguerite debía de estar acostada; a la señora Marguerite Ney, nacida Groevelinger, se la oía refunfuñar desde el vestíbulo. Pierre se acercó a la espaciosa sala iluminada con velas blancas que hacía las veces de comedor. Mientras Jean Baptiste, su primogénito, cenaba con apetito, Michel no había tocado su plato. Con los codos sobre la mesa y los puños en las sienes, desordenando sus cabellos de color castaño muy claro, mantenía la vista baja mientras su madre le dirigía una filípica en toda regla. El extraordinario rubor que cubría sus mejillas denotaba el esfuerzo por mantenerse disciplinadamente callado. Parecía una granada a punto de estallar y su enrojecimiento pareció aliviarse cuando vio que su padre entraba en la estancia.

—¡Oh, estás aquí! —suspiró su esposa—. Tu hijo ha vuelto a hacer de las suyas. Otra vez el rector nos envía una carta de reprobación...

—¿Por qué esta vez? —se interesó Pierre Ney mientras tomaba asiento entre sus hijos y se echaba un trozo de pan negro a la boca.

Michel apenas abrió la suya para justificarse, cuando su madre contestó:

—¿Por qué va a ser? Lo de siempre... Esta vez fue en el refectorio donde organizó una trapatiesta de mil demonios.

—Parece que al niño dotes de mando no le faltan.

—Sí, tu haz bromas y alecciónalo, que es lo que le hace falta.

La cena transcurrió entre las recriminaciones de rigor y los vanos intentos de disculpa, como siempre desde que los niños son niños y los padres, padres. Y a medida que el estómago se llenaba y el sopor de la digestión se mezclaba con el calor de la chimenea, los rigores se iban aplacando y la rutina se imponía en ademanes y palabras.

Mientras Marguerite recogía la mesa y ordenaba la cocina, Pierre Ney encendió con un gesto mecánico su pipa y se sentó en su sillón frente a la chimenea. Escuchó con deleite cómo el tictac dulce de su Morbier se mezclaba con el crepitar de la leña y el susurro de la combustión de las brasas. Como cada noche, sus hijos se sentaban un rato a su lado antes que Marguerite acabara su faena y emitiera una orden terminante para que se acostaran.

—Y bien, Michel. ¿Qué batalla has recreado esta vez en el refectorio?

—Rossbach, padre —contestó Jean Baptiste—. Siempre es la misma. No se sabe otra...

—¡Eso no es cierto! —protestó Michel—. Es solo que es la que más me gusta, porque padre estuvo allí y fue condecorado...

—Y dime, Michel —terció Pierre Ney—, ¿qué papel te asignaste hoy en la batalla?

—El... general Von Seydlitz —titubeó Michel.

—¡Ah, veo que has traicionado a la patria y te has pasado a las filas enemigas! ¡Sabes que yo luché a las órdenes del príncipe de Soubise, y que fuimos derrotados! ¡Bribón!

El tono burlón de su padre animó a Michel.

—En fin, padre, si uno puede elegir el papel, mejor que sea el de vencedor...

—Es un error, hijo. En las batallas nunca hay vencedores, solo vencidos... —Pierre Ney retomó el relato predilecto de sus hijos—. Fue el 5 de noviembre de 1757. Yo apenas tenía veinte años. Era un día frío, como el de hoy. La batalla